

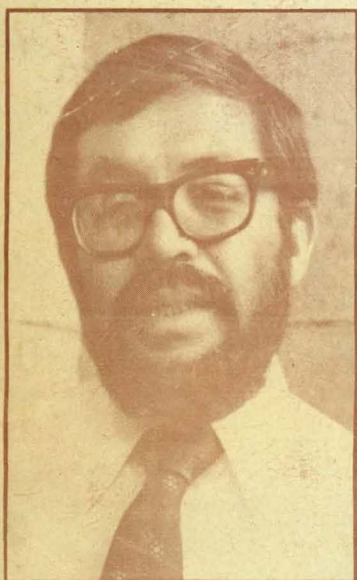
Un mes

NOV - 1982

Sin Gobierno

Noviembre 17-1982

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



El presidente López Portillo dedica estos últimos días de su sexenio a las despedidas. En noviembre, realiza veinte giras, a otras tantas entidades, para inaugurar obras. En Nuevo León, descubrió su propia estatua. (Y claro, el ejemplo hace escuela: don Enrique Olivares Santana, tan mesurado siempre, se deja también ganar por la tentación de la falsa inmortalidad e inaugura su propio monumento, en su natal Aguascalientes). Y mientras tanto, asegura que la organización de la Banca nacionalizada no será de su resorte, pues en el mes que le quedaba por delante cuando hizo la declaración ya no es pertinente hacer nada al respecto.

Esa sensación de anticipadamente concluir el sexenio es generalizada. Las antecámaras de las secretarías de Estado, otrora imposibles de transitar, están hoy desiertas. Nadie se para por allí, porque se esparce

por doquier la certidumbre de que no hay ya nada que tratar con los funcionarios que están por concluir el periodo para el que fueron nombrados. Estos mismos funcionarios, sea porque ha disminuido la carga de trabajo, o porque con esa actitud provocan la ausencia de quienes tendrían que abordar con ellos asuntos de su incumbencia, dedican estas últimas semanas a limpiar escritorios y archivos, llevándose con ellos documentos comprometedores o que simplemente quieren mantener alejados de vistas extrañas, pues nunca se sabe el uso que malas voluntades pueden dar a las gestiones realizadas por los que se van.

En la Procuraduría de la República, allí donde no debiera detenerse un solo instante la maquinaria para investigar y perseguir los delitos, también se ha decretado una vacación. El fiscal Javier Coello Trejo le dijo al reportero Fernando Ramírez de Aguilar que el asunto del fraude a Pemex es de tal modo complicado y trabajoso, que será la siguiente administración la que se encargue de él. Se comprende que así sea, porque las diez mil páginas del expediente en que están involucrados altos funcionarios de la administración encabezada por el ingeniero Jorge Díaz Serrano requieren, para su sola lectura más horas de las que el letargo de noviembre permite. Pero no era necesario declararlo así. Eso lo entendieron tarde en la Procuraduría, por lo que su titular reprochó la declaración a Coello, quien no halló camino más fácil que el frecuentemente recorrido por funcionarios que dicen lo que no deben decir: desmentir al reportero. Es notable, por lo demás, la contradicción en que Coello incurrió en la carta dirigida a Unomásuno para negar que hubiese hablado con Ramírez de Aguilar; asegura que él no hace presentaciones directas a la prensa, sino que encauza su información por la oficina correspondiente de la Procuraduría, siendo que consta en todos los medios periodísticos la abundancia de declaraciones, espontáneas o solicitadas, que formuló el agente del ministerio público más publicitado del sexenio que se aproxima con lentitud a su fin.

Pero estábamos en eso, en las proximidades de la conclusión de este gobierno, y en la indebida antelación con que muchas labores han sido finalizadas. Ello nos lleva a considerar uno de los aspectos singulares de nuestro sistema político, donde se echa de ver cómo el partido gobernante es más que nada una coalición de intereses y no una agrupación ideológica. Decirlo no supone novedad alguna, por supuesto, pero ese carácter queda manifiesto de modo muy palmario en este trance. Pareciera, tal como se transmite el gobierno, que se lo transfiere, cada seis años, a un partido adversario, y no a miembros del mismo al que pertenecen los que se van. Las cautelas con que los salientes se acercan al fin de sus quincenas presupuestales es la propia de quien teme sufrir, por lo que hizo y por lo que no hizo, el escrutinio de un

opositor. Y no se diga cuando en efecto una facción explícitamente contraria ocupa los escritorios de una oficina. Las represalias, las vendetas, las murmuraciones respecto de los que se fueron pueden llegar a extremos de ferocidad caníbal. De allí que ante la cercanía del tránsito del poder aparezca la administración como pasmada.

No todos los funcionarios que terminan sus labores, a decir verdad, están paralizados. Los hay que anticipan su salida por la causa contraria, es decir porque están demasiado inquietos, yendo de aquí para allá, visitando a quienes imaginan pueden auxiliarlos en la ardua tarea de no salir del presupuesto. Se trata de una ambición legítima, en el caso de los funcionarios profesionales, los que han resuelto hacer una carrera administrativa y política. Los mejores entre ellos, sin embargo, saben que el modo más idóneo de conseguir nuevas ocupaciones es cumplir con pulcritud el deber hasta la última hora. Si su número abundara, sin embargo, no se produciría el extraño fenómeno del que hablamos ahora, que hace ver casi vacías muchas oficinas públicas.

El daño que tal situación produce a la nación apenas puede medirse. La administración pública es como una fábrica, como una planta siderúrgica donde no es permitido que se enfrien nunca los altos hornos porque la tarea de recalentarlos para ponerlos a punto es lenta y sumamente costosa. Ciertamente es que el relevo obliga a una aminoración de la marcha. Pero los practicantes y los aficionados al atletismo saben que la entrega de la estafeta puede hacerse apenas con una velocidad ligeramente menor que la empleada en el resto de la carrera. En el relevo administrativo, en cambio, cuando todavía falta un trecho para llegar a la zona donde debe arrancar el nuevo corredor, el antecesor afloja el paso, y en casos hasta frena por completo.

Si eso es perjudicial en toda situación, en la que vivimos sus efectos adversos se acentúan. La crisis por la que atravesamos exige de la sociedad, y del Estado por consecuencia, una conciencia permanentemente alerta. De igual modo como sería imperdonable que el conductor de un vehículo sufriera somnolencia o distracción en todo caso, pero mayormente en carreteras sinuosas y transitadas, también la exigencia de no ceder ni un instante en la tensión a que obliga el abordamiento de asuntos que no pueden demorar se acrecienta y multiplica en horas tan difíciles como las de hoy, y las que vendrán.

Aunque el asunto de la terminación anticipada del gobierno es complicado, y forma parte de la cultura política nacional, y por consecuencia transformarlo requiere el asedio por varios de sus aspectos, y un proceso largo y demandante de paciencia, también es verdad que sería posible instituir mecanismos de orden legal que hiciera menos larga la transición entre el gobierno que se va y el que viene.

Diversas voces han expresado, con razón, que los lapsos del calendario electoral mexicano son demasiado largos. En efecto, desde septiembre del año pasado hemos tenido virtualmente dos presidentes. El destapamiento representa, en algún sentido, el comienzo de la transmisión de poderes. No ocurre sólo el primero de diciembre. Ese día se formaliza la recepción de mandos que ha venido teniendo lugar, en circunstancias normales, desde mucho tiempo atrás. Demasiado tiempo. Sólo el lapso entre las elecciones, la declaración de presidente electo y la asunción del gobierno, es excesivamente prolongado. Se desprende de él impaciencias y desganos que podrían tener otra característica si el tiempo de espera fuese menor.

Independientemente de ventajas de otra suerte, como la preparación de las previsiones de ingresos y egresos relativos al primer año de gobierno por las autoridades que tendrán la responsabilidad de obtener unos y ejercer otros, adelantar la fecha de toma de posesión a una más cercana a las elecciones ayudaría a disminuir la flojedad que se despereza lentamente en los noviembreros de cada seis años. No incurrimos en el error ingenuo del borrachito que derrama en el piso el trago que inicialmente le sirven, porque la primera copa le causa siempre malestar. Siempre habrá un último mes, cualquiera que sea, donde el ritmo se hace lento. Pero si tiene que aguardarse menos que ahora, la intensidad del trabajo público (tan necesario en un país como el nuestro donde el Estado tiene crecientes obligaciones), disminuirá menos de lo que hoy ocurre.